

MIGUEL SÁEZ CARRAL

APACHES

Lucha por lo que importa cueste lo que cueste



Miguel Sáez Carral



Apaches

 Planeta

Capítulo 01

Mi hermana mayor, Teresa, dice que si nuestra madre no hubiera muerto, nada de lo que pasó después habría ocurrido. Es posible. Desde luego, si tuviera que elegir un momento para empezar esta historia, sería ese.

Cuando murió, por sorpresa, en la cama de un hospital, tras una operación que en principio no revestía mayor peligro, nuestro padre guardó una gran entereza. Soportó su muerte como hizo frente a cada uno de los golpes que le había dado la vida: apretando los dientes y sin bajar la mirada. Ella había sido el gran amor de su vida. Estuvieron juntos más de treinta años. En los buenos y en los malos momentos. Queriéndose siempre. Realizó los preparativos del entierro con diligencia y se mostró sereno cuando la gente del barrio, los amigos y los familiares presentaron sus respetos durante el funeral. Vacío los armarios, entregó algunas bolsas con su ropa a la iglesia, repartió sus joyas y un par de abrigos de piel entre mis hermanas y volvió a su trabajo en la fábrica. Todos nosotros, sus tres hijos, observamos esa ceremonia asumiendo que él se hacía cargo de todo, que debía ser así, que no podía ser de otra manera. En lugar de expresar su dolor se preocupó de aliviar el nuestro. En su espalda nos pudimos proteger, en sus hombros pudimos llorar, en sus brazos nos pudimos consolar. Como había sido siempre.

Aparentemente, después de aquel día, su vida no cambió. Se impuso con voluntad la rutina diaria. Se levantaba temprano, hacía sus ejercicios físicos, se afeitaba, desayunaba un

zum de limón y algo de pan tostado con aceite de oliva, salía a la calle y caminaba hasta la estación del metro, donde cogía un tren que le llevaba hasta su trabajo. Volvía por la tarde, hacía la compra en el mercado y preparaba la cena. Veía un poco los programas de la televisión y sobre las diez y media se metía en la cama. El día siguiente era una repetición del anterior. Mantenía la misma disciplina que le había acompañado toda su vida. Cuando durante las semanas y los meses posteriores le preguntábamos qué tal se encontraba, siempre contestaba con un simple «bien» e inmediatamente quería saber cómo estábamos nosotros. Nunca dejó de mostrar su amor por lo que éramos y su orgullo por lo que hacíamos; de jugar con sus nietas como lo había hecho con nosotros muchos años antes; de mantener un sentido del humor muy agudo, de contar historias y anécdotas divertidas; de buscar siempre un momento para interesarse por nuestros problemas y ofrecernos su ayuda. Era el mismo hombre que habíamos conocido desde pequeños. Nos dijimos que nada había cambiado. Pero estábamos equivocados. Algo se le había roto por dentro. Era como un huevo que mantiene el cascarón intacto pero que ha perdido su contenido a través de un pequeño agujero invisible en alguna parte. La muerte de nuestra madre se lo llevó a él también. Y cuando nos dimos cuenta, ya era demasiado tarde.

Dos años después de que nuestra madre falleciera, mi hermana menor, Vicky, me llamó por teléfono una mañana a principios del mes de febrero de 1994. Yo estaba en el trabajo, en la redacción de una agencia nacional de noticias, escribiendo una aburrida nota sobre la próxima reunión política entre gobierno y oposición. Mi hermana me llamaba desde el vestíbulo de un hospital en el norte de la ciudad: nuestro padre había sufrido un infarto. Dejé lo que estaba haciendo, le conté a mi jefe lo que ocurría, cogí el coche y me marché hacia allí con la sensación de que sería el último en llegar y de que no podría despedirme de él. Ocurrió lo mismo cuando

murió nuestra madre. Aquella noche me sorprendió otra llamada de mi hermana. Me dijo que había empeorado y que debía ir cuanto antes. Supongo que no me di bastante prisa. Cuando llegué ya no existía. Sobre aquella cama había un cuerpo sin vida que ya no era ella. Era otra cosa. Fue un momento horrible que me atormentó durante mucho tiempo. Y no quería volver a pasar por la misma experiencia.

En la entrada del hospital me estaba esperando mi hermana Teresa. Sus ojos me dijeron que aquella vez no había llegado tarde: mi padre seguía con vida. Nos abrazamos muy fuerte durante unos segundos. Me acarició una mejilla y dijo algo así como «tranquilo, le han cogido a tiempo». Había llegado una media hora antes que yo y, nada más poner un pie en el hospital, se había acercado al mostrador de urgencias y, con mucha educación pero también de una forma muy resuelta y demostrando una enorme firmeza, les había pedido que un médico del equipo que atendía a nuestro padre la informara de su estado lo antes posible. A los pocos minutos, un residente había hablado con ella. La situación era grave. Nuestro padre se encontraba en la unidad de cuidados intensivos, inconsciente y monitorizado. De momento, su estado era estable, pero las siguientes horas resultaban críticas. No le había dado mucha más información, aunque, por decirlo de alguna forma, disponía ya de los titulares.

Tenía dos años más que yo y estaba cerca de cumplir la treintena. Había heredado de nuestra madre su sensatez, su genio y su seguridad en sí misma. Siempre había ejercido de hermana mayor con una autoridad especial. Cuando éramos pequeños y se enteraba de los líos en los que yo me metía —y no sé cómo lo hacía porque no tenía amigos o amigas en el barrio y nunca salía a jugar a la calle—, entraba en mi dormitorio, cerraba la puerta y, esgrimiendo su condición de hermana mayor y de cabeza en la que se había posado la madurez que a mí me faltaba, solía echarme una de aquellas regañinas en las que se mezclaban por un lado la acusación de todos mis defectos y por otro la manifestación de que había algo bueno

y admirable en mí que, ella no sabía por qué, me empeñaba en ocultar. A mí me fastidiaba esa prepotencia, nunca prestaba atención a sus consejos y la mayor parte de las veces me burlaba de ella con ironía antes de pedirle que me dejara en paz. Me parecía que, con toda su perfección —era más seria, consecuente y más inteligente que yo, la que sacaba las mejores notas de su clase y la que coleccionaba, uno tras otro, premios especiales en los estudios—, yo sabía mucho más de la vida de lo que ella sabría nunca. Sin embargo, aquella niña mandona y arrogante se transformó en una mujer valiente, con los pies anclados a la tierra; en una de esas personas que cuando se desata una tormenta se ponen al frente del timón y siempre saben lo que hay que hacer; en una mujer decidida que tenía muy claro qué era lo que quería de la vida y que había peleado muy duro por conseguirlo. Desarrolló, cómo no, una vocación por la educación: estudió una carrera universitaria, encontró un empleo en un colegio heredero de la Institución Libre de Enseñanza, y a los pocos años, y por aquella época, ya era la jefa de estudios. Se independizó, se casó, compró una casa en un bonito barrio residencial a las afueras de la ciudad, tuvo dos crías preciosas y construyó con cimientos de hormigón armado su propia familia. Y un día descubrí que me sentía muy orgulloso de ella y que admiraba lo que era y cómo lo había conseguido.

Tras la muerte de nuestra madre, ella recogió su testigo con absoluta naturalidad. Era ella la que hacía una ronda semanal de llamadas telefónicas para ver qué tal estábamos, era ella la que organizaba las celebraciones familiares y la que distribuía los días en los que nos reuniríamos en Navidades, dónde y hasta qué platos formarían el menú. También era ella la que, si caíamos enfermos, se preocupaba de venir a casa y ver cuál era nuestro estado, traernos las medicinas que debíamos tomar, la que se preocupaba por las notas de mi hermana Vicky en la universidad, la que le servía de confidente sobre sus relaciones amorosas, la que se preocupaba por encontrar y comprar el regalo que deseábamos en nuestro cumpleaños.

Aquel día, en el hospital, su mera presencia consiguió que me tranquilizara.

Subimos en un ascensor hasta la planta en la que se hallaba la unidad de cuidados intensivos. Vicky, mi hermana pequeña, estaba sentada en unos bancos alineados junto a la pared al fondo de un pasillo. Tenía los ojos enrojecidos por el llanto y cuando me vio llegar, se echó a llorar de nuevo. La abracé e intenté aplacar su sofoco mientras Teresa nos miraba con una mezcla de ternura y vergüenza por la profusión de lágrimas. Cuando conseguí que se calmara, nos contó que nuestro padre se había desvanecido en plena calle, en el barrio, sobre las once de la mañana. Unos vecinos que le conocían le atendieron en un primer momento y llamaron a una ambulancia. Más tarde se acercaron hasta la casa familiar —Vicky todavía vivía con él— y le contaron lo que había sucedido.

—¿Qué hacía papá a esas horas en el barrio? —le pregunté a mi hermana.

Eso fue lo primero que se me ocurrió pensar. No concordaba con la diligente rutina de nuestro padre. A esas horas debería haber estado en la fábrica.

—No lo sé —me contestó—. A lo mejor se encontraba mal y había decidido volver a casa. —Y añadió entre dos suspiros—: Pobre, ni siquiera pudo llegar.

—¿Y ayer?, ¿se encontraba bien? —preguntó Teresa.

—Como siempre —dijo Vicky encogiéndose de hombros y apartando un mechón de cabello negro de su rostro.

Tenía seis años menos que yo y ocho menos que Teresa, y todavía estudiaba en la universidad. Aquel año estaba haciendo cuarto curso de Económicas. Había llegado a nuestra vida por sorpresa. Ni Teresa ni yo esperábamos tener una hermana y creo que mis padres tampoco. Recuerdo el día en el que volvieron de la maternidad con ella. Mi madre se sentó con cuidado en uno de los sofás del salón, abrió la mantilla de color blanco y nos dejó ver la carita del bebé. Era muy pequeña y muy bonita.

—Esta es vuestra hermanita. Tenéis que quererla mucho.

—¿Cómo se va a llamar? —le preguntó Teresa.

—Se llamará Victoria, como vuestra abuela.

Teresa sonrió satisfecha. Al fin y al cabo, ella era la mayor y podría mandar sobre alguien más. Yo no estaba tan contento. Había perdido el trono del pequeño de la familia. Mi único consuelo fue que no había sido un niño.

Era, de los tres hermanos, la que mayor parecido físico tenía con nuestra madre. Había heredado de ella unos ojos muy grandes, una nariz pequeña, una boca bonita y el pelo ondulado negro. Había heredado también su gracia y la armonía de un cuerpo pequeño muy bien proporcionado. Pero muy poco de su carácter. Mi hermana Vicky siempre fue una niña muy miedosa. Le daban miedo los perros, los gatos, la luna llena, el mar, el fuego, cien mil cosas más y las tormentas. Sobre todo las tormentas. En verano, durante uno de esos intensos chaparrones que inundan las calles, con rayos resquebrajando las nubes negras, los truenos resonando en el cielo y el viento soplando con tal intensidad que levanta pequeños tornados sobre el suelo, Vicky corría a refugiarse en su dormitorio, cerraba ventanas y persianas y se metía debajo de la cama. Le daba igual que, mientras contemplábamos el espectáculo con placer desde alguna de las ventanas de nuestra casa o desde la terraza de la cocina, Teresa y yo le dijéramos que no pasaría nada. Con el primer trueno, ella corría a su cuarto.

A cambio, siempre fue la más alegre, la más sociable y la más simpática de los tres hermanos. Hablaba con todo el mundo, tenía amigos y amigas en cualquier parte. Llegaba a casa, tras las vacaciones, con cientos de direcciones de chicos y chicas con los que se escribía durante mucho tiempo. Era la más popular de su clase, del colegio o del instituto. También tuvo siempre una vena sentimental, dramática y enamoradiza, que no sabemos de quién sacó. Era una adolescente que siempre estaba embarcada en líos amorosos, en increíbles flechazos, en dolorosas rupturas y reconciliaciones maravillosas. Cuando Teresa y yo nos reíamos de lo apasionada que era su vida, ella

se enfurecía y se encerraba en su dormitorio y nuestra madre tenía que ir a consolarla. Escuchábamos sus lamentos sobre lo injustos que éramos con ella y gritaba que nos odiaba.

También era la más sensible y la más cariñosa. Alguna vez, después de que mi madre me hubiera castigado sin salir de mi cuarto por haberme metido en una pelea con otros críos, o haber roto de una pedrada el cristal de una ventana, o haber destrozado unos pantalones nuevos arrastrándome por un descampado del barrio, entraba sigilosa por la puerta y se echaba a mi lado sobre la cama. Allí se quedaba mirándome fijamente con sus grandes ojos negros y empezaba a acariciarme el pelo y la cara y decía «guapo, hermanito, no te preocupes, que a mamá se le pasará el enfado». Hacía pucheros o ponía caras raras y sacaba la lengua o contaba alguna tontería y de repente se reía como una loca. Ella sola. Me encantaba su risa. Era una de esas risas contagiosas. Una risa que muchas veces se desataba en el peor momento. En el funeral de nuestra madre, en aquellos duros días para todos, cuando habíamos perdido a una de las personas más importantes de nuestra vida, cantó un coro de las viejas de la parroquia. Juro que nunca he oído a nadie cantar tan mal. Crucé una mirada con mi hermana Vicky: allí estaba, mordiéndose la lengua y tratando de contener la risa, y, al mirarla, sentí que dentro de mí estallaba una carcajada que a duras penas pude contener. Mi padre, que estaba a mi lado, giró un poco la cabeza y me miró de forma acusadora y sentí que me había ganado la condena al deshonestar la memoria de mi madre. Pensé que nunca me lo perdonaría. Pero él era un poco como Vicky. Mientras caminábamos hacia nuestra casa, en silencio, mi padre, sin mirarnos, dijo en voz alta: «Dios mío, qué mal cantaban esas viejas», y entonces Vicky soltó una carcajada que estalló por toda la calle y que provocó miradas reprobatorias, caras de extrañeza y murmullos de muchas de las personas que nos acompañaban. Yo también me reí. Mi padre nos pasó un brazo por encima del hombro a los dos y así llegamos caminando hasta nuestra puerta.

Cuando llevaba más o menos una hora en el hospital, sentado en el banco de la sala de espera, con Vicky apoyando su cabeza en mi hombro y Teresa, sentada al otro lado, muy seria, con la mirada fija en la pared de enfrente, perdida en sus pensamientos, apareció el jefe del servicio de cardiología con su estetoscopio colgado al cuello y su batería de bolígrafos en el bolsillo de la bata blanca. Por supuesto, se dirigió a mi hermana Teresa, que tenía ese halo magnético invisible de autoridad, y le habló directamente a ella, como si Vicky y yo fuéramos dos figurantes sin frase. Habían conseguido estabilizar la situación de mi padre. El infarto había sido muy grave y podría haberle matado, pero el trabajo de los médicos que le habían recogido en la calle había sido muy bueno. De llegar unos minutos más tarde, probablemente no podrían haber hecho nada por salvar su vida. De momento se encontraba bajo sedación, inconsciente, y necesitaban ver la evolución de las próximas horas antes de hacer un estudio completo de las causas del infarto. Hizo una serie de preguntas sobre los hábitos de mi padre: alimentación, tabaco, alcohol, antecedentes familiares, estrés. Y nuestras respuestas no fueron lo que él esperaba. Mi padre había dejado de fumar hacía treinta años, apenas probaba el alcohol y tenía una alimentación bastante sana; poca carne y mucho pescado y verduras. En su familia no había antecedentes de otros infartos. El médico dijo que estudiarían los análisis que le iban a practicar y que entonces tendrían un diagnóstico más concluyente. No esperaba que hubiera ninguna noticia en las próximas horas, pero en caso de cualquier cambio, él nos informaría. Le dio la mano a mi hermana Teresa y salió de la sala de espera.

Teresa dijo que lo primero que debíamos hacer era llamar a la fábrica e informarles de lo que había pasado. Probablemente estarían preocupados. El problema era que ninguno de los tres sabíamos el número de teléfono. Supusimos que nuestro padre llevaría alguna tarjeta de visita junto a su documentación. Bajo uno de los asientos de la sala de espera había una bolsa de color azul con su ropa y sus efectos perso-

nales que las enfermeras le habían entregado a Vicky cuando llegó al hospital, así que buscamos en el interior de su cartera. Además de un par de billetes pequeños, una tarjeta de crédito, unos tiques de compras y las fotografías de carné de sus tres hijos y una bastante antigua de mi madre, no había nada más. No encontramos ninguna tarjeta de visita con el teléfono de la fábrica. Teresa revisó la ropa de nuestro padre y observó que el cuello de la camisa estaba muy rozado, que los pantalones eran muy antiguos y que sus zapatos tenían las suelas desgastadas.

—No merece la pena ni echarlo a lavar —comentó—, sería mejor tirarlo.

—Es la ropa cómoda y vieja que usa para trabajar —le dije.

—Esta camisa está demasiado raída —me contestó—, hasta para trabajar.

Teresa le acusó de no preocuparse por su aspecto y de no invertir el tiempo suficiente para ir bien vestido. Lo cierto es que a mi padre no le gustaba ir de compras y era mi madre la que siempre se había ocupado de esas cosas.

—Le regalé un par de camisas preciosas en su último cumpleaños. Seguro que las tiene guardadas en su armario y no se las ha puesto nunca.

Pronunció esa frase en un tono de reproche, no hacia mi padre, sino hacia ella misma. Supongo que Teresa estaba haciendo un examen de conciencia, preguntándose, como cabeza de familia y autoridad máxima, si había atendido correctamente sus necesidades. Salió de su reflexión íntima y estableció lo que haríamos cada uno. Ella iría a la casa familiar, cogería ropa nueva del armario y traería algunas cosas de aseo para estar prevenidos en el caso de que le pasaran a una habitación de planta en el hospital; Vicky se quedaría en la sala de espera por si había novedades; y yo iría a la fábrica y les informaría de lo que había pasado. Esas fueron las órdenes, todo tenía sentido práctico y era absurdo discutir las.

Mi padre era copropietario de una empresa que fabricaba relojes de oro para marcas suizas como Omega, Certina y Lon-

gines. Los otros socios eran un joyero que tenía una tienda en el centro de la ciudad y el director de una sucursal de un banco de inversiones. Mi padre era el director de producción, dirigía todo el proceso de fabricación de los relojes, mientras que sus socios se ocupaban de los aspectos financieros y de la comercialización. En la fábrica trabajaban unas cincuenta personas entre obreros y personal administrativo. Estaba situada en un pequeño polígono industrial en el barrio de Moratalaz entre talleres de confección, industrias de pequeña maquinaria y almacenes de distribución. El edificio de ladrillo rojo tenía dos plantas y unos grandes ventanales en el segundo piso.

Aparqué en una de las calles laterales del polígono y llegué a pie a la puerta de entrada. Estaba cerrada y por la suciedad que había acumulada en el suelo, nadie la había abierto desde hacía bastante tiempo. Retrocedí unos pasos. En una de las ventanas había un cartel de una agencia inmobiliaria. La nave se vendía. En ese momento sentí un vuelco en el estómago, una sensación de vértigo, un intenso mareo. Me di la vuelta, caminé hasta la entrada de un almacén que había frente a la fábrica y le pregunté al encargado si sabía qué había ocurrido. El hombre no estaba muy seguro, pero creía que la empresa había cerrado hacía unos meses. Yo iba vestido con un traje de color azul oscuro, una camisa blanca y una corbata y creo que me confundió con un posible comprador. Me preguntó si estaba interesado en la nave. Le dije que esa era la fábrica de mi padre.

—Vaya —dijo frunciendo la frente—, lo siento. Las cosas están jodidas.

Un par de años antes, por las mañanas, las bocas del metro escupían una masa de trabajadores y los bares se llenaban de gente al mediodía, y, por las tardes, a última hora, se formaban atascos para salir del polígono. Sin embargo, hacía muchos meses que las calles estaban silenciosas y apenas se escuchaban los ruidos de las fábricas y de los camiones de distribución.

Salí del almacén y me dirigí a mi coche. Pero a medio ca-

mino cambié de opinión y, diciéndome a mí mismo que no podía irme de allí sin echar un vistazo al interior de la fábrica, me encaminé a la parte de atrás de la nave. La puerta estaba cerrada con un candado y una cadena. Rompí el candado, tiré de la hoja de metal y entré. La fábrica estaba vacía. No había ni máquinas, ni puestos de joyería, ni mesas y estanterías en lo que había sido la administración, ni taquillas en los vestuarios de los trabajadores. El suelo estaba sucio, con papeles de embalar tirados aquí y allá y mucho polvo. En un rincón encontré algunas cajas de cartón que contenían embalajes de reloj y algunas tarjetas de visita con el nombre de la empresa. Entré en la sala donde se hallaba la caja fuerte. Solo quedaba un hueco en la pared. Se hizo un vacío dentro de mí tan grande como aquel agujero. Había estado allí hacía algo más de un año, durante un día laborable, y la fábrica rebosaba de actividad. Mi padre salió a recibirme a la puerta y me presentó a todos los que no me conocían como su hijo, el que trabajaba como periodista en una agencia nacional de noticias «de las más importantes del mundo». A pesar de que yo había crecido en ese ambiente y conocía muy bien en qué consistía su profesión, me hizo seguirle en un recorrido por toda la nave, dándome explicaciones sobre el funcionamiento de cada máquina, los tornos, las cortadoras y las laminadoras, me llevó hasta el horno industrial donde fundían los lingotes de oro, me hizo caminar a su lado junto a los puestos de joyería donde se encorvaban sus trabajadores, todos con sus batas azules, puliendo las piezas, montando las pulseras y la maquinaria de los relojes de forma manual. Había calendarios colgados de las paredes y se escuchaba música clásica en una radio y el olor del oro fundido se extendía por toda la nave. La visita guiada terminó delante de aquella caja fuerte. Mi padre me guiñó un ojo y en un susurro me dijo la combinación: el cumpleaños de mi madre, el cumpleaños de mi hermana Teresa, mi propio cumpleaños y el cumpleaños de mi hermana Vicky, girando al principio a la derecha y en sentido contrario cada vez. Era como una broma. Una de sus bromas.